

¿Actualidad del pensamiento filosófico de Francisco Romero? Persona, trascendencia y valor

Hilda Naessens*

Resumen

A partir de la escala de los entes, Romero plantea el proceso que se desarrolla desde la inmanencia hacia la trascendencia, hasta llegar a su máxima expresión en el espíritu. En el hombre, se manifiesta en el paso del individuo a la persona, la cual trasciende hacia la realización del valor, a través del “deber ser”. En la actualidad, Lipovetsky presenta otra manera de concebir al hombre, la cual se expresa en un individualismo creciente, que está determinado por sus intereses particulares, sin proyección alguna hacia los otros y sin reconocer otro valor que no sea la realización de “su sí mismo”. Frente a ello, urge promover el desarrollo de un “individualismo responsable”, que recupere los valores éticos del hombre y su relación con los otros, sin perder de vista su propia realización. Este concepto, en otras palabras, reactualiza los planteos personalistas de Romero, en esta sociedad posmoderna.

Palabras claves: Francisco Romero, persona, trascendencia, valor, Gilles Lipovetsky.

Abstract

Starting from the scale of entities, Romero lays out the process that is developed from immanence towards transcendence until reaching its maximum expression in the spirit. In man it is manifested in the transit from the individual to the person, which transcends towards the realization of value through the “must be”. At present, Lipovetsky presents another way of conceiving man, which is expressed in a growing individualism, determined by its particular interests, without any projection onto others, and without recognizing any value other than the realization of “his own self”. In view of this, it is critical to promote the development of a “responsible individualism”, which may recover man’s ethical values and his relationship with others, without losing sight of his own realization. This concept, in other words, re-actualizes Romero’s personalist proposals in the post-modern society.

Key words: Francisco Romero, person, transcendence, value, Gilles Lipovetsky.

* Doctoranda en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México. <ilsena@yahoo.com.mx>

Introducción

En este trabajo nuestro interés se centrará en la concepción antropológica expresada por Francisco Romero (1891-1962)¹, pensador latinoamericano de reconocida trayectoria, quién, no sólo promovió la institucionalización de la filosofía en Latinoamérica, sino también, contribuyó de manera concreta a elaborar un pensamiento filosófico propiamente americano. Su aporte surge a partir de una profunda y sistemática reflexión sobre conceptos capitales de la filosofía, los cuales son abordados con seriedad y rigor, buscando comprenderlos e interpretarlos adecuadamente.

Nos circunscribiremos, en un primer momento, a analizar cómo concibe al hombre en su aspecto individual y personal, las vinculaciones existentes entre la persona humana y la trascendencia y las relaciones que surgen entre la proyección espiritual y el fondo ético de la persona, teniendo en cuenta las obras que Romero escribió en su “etapa intermedia”², en la que se van perfilando los

1 Francisco Romero, Filósofo argentino, nacido en España, discípulo y amigo de Alejandro Korn, a quien sucedió en la cátedra de metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. También impartió cursos en la Universidad de La Plata y en el Colegio Libre de Estudios Superiores, además de una intensa labor editorial a cargo de la sección Filosofía de la Editorial Losada. Fue colaborador de diferentes publicaciones literarias y científicas, miembro de diversas academias y sociedades de filosofía nacionales y extranjeras, recibió numerosos premios y distinciones y es autor de múltiples obras filosóficas.

2 Francisco Miró Quesada, “Francisco Romero: el forjador”, en *Homenaje a Francisco Romero*, Argentina, Bs. As., Universidad de Buenos Aires, 1964. El autor señala que en la obra de Romero hay un doble aspecto que responde a dos maneras de expresión de un mismo y fundamental proceso: el proceso recuperativo y el proceso creador. El primero, como etapa inicial, nos lleva a un “repensar por sí mismo”, lo cual, inmediatamente, nos conduce a un segundo momento que implica “un pensar por sí mismo”. Entre ambas se da una etapa intermedia que se confunde con las anteriores y que se podría denominar de “anticipos creadores”. En esta etapa se incluirían especialmente obras tales como *Filosofía de la Persona* y *Papeles para una filosofía*, dado que en ellas Romero

primeros brotes de su propia filosofía. En un segundo momento, intentaremos plantear la actualidad del pensamiento filosófico de Francisco Romero, a la luz de algunos textos de Gilles Lipovetsky, importante analista de la contemporaneidad, quien investiga minuciosamente los rasgos significativos de los tiempos actuales.

En este trabajo, principalmente, nos mueve el interés por ocuparnos directamente de los textos mismos de Francisco Romero, sin llegar a desconocer la profusa bibliografía existente sobre su obra. Queremos hacer que Romero “hable por sí mismo” y que exprese su manera particular de entender al hombre, a fin de lograr una idea más completa de su pensamiento antropológico, para, en un segundo momento, analizar las interpretaciones que sus exegetas más relevantes han realizado sobre el mismo.

Inmanencia y trascendencia

En torno a 1940, Francisco Romero, además de ser catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ya ha trazado algunos de los conceptos más importantes de su propia filosofía en relación con el ser, el trascender y el valer. En su obra *Papeles para una filosofía* (1945) hay dos textos relevantes que son “Programa de una filosofía” (1940) y “Trascendencia y valor” (1942) en los cuales, no sólo reafirma ideas vertidas anteriormente, sino también adelanta tesis que desarrollará detenidamente en su libro *Teoría del hombre* (1952).

En el primero de ellos analiza cómo se constituye la realidad, la cual está compuesta por un “ingrediente positivo” que es la trascendencia, que se proyecta desde la base inmanente hasta lograr alcanzar la trascendencia absoluta. Establece así una estrecha vinculación entre trascendencia e inmanencia que se ve reflejada en la escala de los entes, la cual se constituye por la serie “cuerpo físico-ser vivo-psyque-espíritu”, etapas en las que el trascender va creciendo hasta llegar a ser total y absoluto en la última de ellas.³ En cada uno de estos estadios el

anuncia claramente los rasgos centrales de su pensamiento, que serán trabajados con más detalle en su obra de madurez, *Teoría del hombre*.

3 Es importante señalar que en la concepción antropológica planteada por Francisco Ro-

trascender se realiza a costa de la inmanencia, o sea que, a mayor trascendencia menor inmanencia. La base inmanente sería, para Romero, una trascendencia dormida, no actualizada, que iría despertando poco a poco, extendiéndose, descubriendo nuevos caminos, afirmándose, volviéndose más segura de sí misma hasta triunfar sin limitaciones en el espíritu, el cual representaría el máximo momento de unidad y autoconciencia del trascender. Por ello, afirma categóricamente que “el ser es trascender”.⁴

En la primera etapa de la escala de los entes, el trascender es menos visible, no así en la vida, donde la trascendencia se torna más evidente. Con respecto a la psique, Romero señala que lleva implícita una noción de trascendencia más radical que en el caso de la vida, porque disminuye en gran medida la base inmanente y pone a la intencionalidad como la nota característica de la conciencia. De ahí que se diga que el ser es “conciencia de algo”. De este modo, la psique supedita a su interés individual dicha base y la transforma en su propiedad.

En relación al espíritu, Romero nos dice que se nos presenta entonces como la especie última en la serie de los entes y, al mismo tiempo, como absoluto trascender. Afirma que en las actividades personales, el individuo ya no supedita sus intereses a su centro individual, sino más bien se des-individualiza porque “se pone entero a lo que es y lo que vale”.⁵ La trascendencia es como un ímpetu que

mero se pueden advertir ciertas influencias que provienen del pensamiento de N. Hartmann y de M. Scheler. Hartmann estudia el problema de la estructura estratificada del mundo y algunos aspectos relevantes del espíritu objetivo, a los que intenta dar solución en sus libros *Ontología* y *La nueva ontología*, al igual que Scheler, quien parte de una concepción dualista del hombre y de la realidad, estableciendo una serie de grados del ser psicofísico hasta llegar al grado superior representado en el hombre, todo lo cual es desarrollado ampliamente en su libro *El puesto del hombre en el cosmos*. Para quien estuviera interesado en profundizar dicha cuestión sería recomendable la lectura comparativa de las obras antes mencionadas con los textos de Francisco Romero.

4 Francisco Romero, “Programa de una filosofía”, en *Papeles para una filosofía*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, pág. 14.

5 *Ibidem*, p. 15.

se difunde en todo sentido, se expande por cada plano y descubre nuevos (de lo tempo-espacial, de la duración, de la intencionalidad psíquica, de la intencionalidad espiritual, entre otros). Cada plano nuevo significa una nueva región ontológica en la que el ímpetu trascendente obedece a una sola condición: la de trascender. Cuando el proceso del trascender termina en la “proyección espiritual a la esencia y al valor”⁶ es que alcanzó su grado de absoluta pureza. La estructura final espíritu-valor es la fórmula de la total trascendencia. Por ello, asevera que el centro personal entendido como unidad y autoconciencia de los actos espirituales es conciencia y voluntad de trascendencia.

Según Romero, la trascendencia funciona desde ciertas bases inmanentes que esclavizan al hombre. Al trascender, el hombre se pone metas nuevas, rebasa las anteriores, hasta llegar a su cumplimiento y plenitud, que es cuando coinciden espíritu, valor y libertad. Es ahí cuando alcanza su perfección, cuando logra trascender hacia los valores, en el momento en que reconoce y ejecuta su deber ser. Como vemos, el espíritu se determina en función del valor pues existe una estrecha relación entre el ser y el valor, desde el primer despertar de la trascendencia

Individuo y persona

Francisco Romero, en otro de sus libros titulado *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía* (1961), incluye dos trabajos muy importantes para el tema que nos ocupa que son “Filosofía de la persona” (1935) y “Persona y trascendencia” (1937).

En el primero de ellos sostiene que el hombre se constituye por dos polos: por un lado, se orienta subjetiva, utilitaria e individualmente según sus impulsos e intereses vitales y, por otro lado, se orienta objetiva y universalmente hacia situaciones y valores que reconoce como valiosos. Esta doble naturaleza humana que lo lleva hacia lo contingente, hacia la satisfacción de sus necesidades naturales, y también, hacia instancias universales y valores se refleja en la división

6 *Ibidem*, p. 16.

existente entre psique y espíritu, cada uno de los cuales corresponde a uno de los polos indicados. El espíritu vive y se alimenta de la psique pero no se reduce a ella, como la psique vive sobre la vida y ésta sobre lo físico, pero sin reducirse ni confundirse con ellas. La aparición del espíritu produce “un cambio de dirección en la serie vital”.⁷ Hasta aquí, el hombre en cuanto ser psicofísico reduce todas las cosas a su propio interés, a sus necesidades vitales, vive en función de sí mismo y remite todo a su individualidad. Cuando se manifiesta su ser espiritual todo cambia porque busca el en sí de las cosas, otorga significación propia e independiente al mundo que le rodea y tiende hacia la realización de los valores. Este cambio se expresa en la distinción que surge entre individuo y persona, siendo esta última “el conjunto de los actos espirituales en cada sujeto”.⁸

En “Persona y trascendencia”, Romero plantea claramente la diferencia entre individuo y persona, diciendo que el primero es un hombre concebido como unidad psicofísica, que crea un campo centrípeto de fuerza a su alrededor, ya que es centralizador y egoísta. Da a los objetos un sentido funcional en relación a su conveniencia y busca someter a los otros individuos a sí mismo. Desconoce a la persona, y al hacerlo esclaviza al hombre. Siempre destruye el objeto, o la ley, o su sentido, o su autonomía. Es lo existente lo que siempre pugna por salir en él, tiene una gran inclinación inmanentista, y todo es visto como materia utilizable de acuerdo a sus fines.

En cambio, la persona es un hombre entendido como ente espiritual, unitario y, al mismo tiempo, portador del espíritu, expansivo, que crea un campo centrífugo, que va hacia las cosas desinteresadamente, sin ningún afán de apropiación. Respeta y se interesa por todo y pregunta por su ser o esencia, se enriquece por esta especie de traslado a cada centro externo, pues participa en mil modos diferentes de ser. Busca establecer un orden de derecho en la realidad y lo garantiza. Este orden tiene dos aspectos: 1) el reconocimiento de lo que es, entendido en su doble sentido, como “toma de conocimiento sin otro acicate que el saber mismo y la íntima plenitud que nos proporciona, y en el de aceptar y dar por

7 Francisco Romero, “Filosofía de la persona”, en *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*. Buenos Aires, Editorial Losada, p. 10.

8 *Ibidem*, p. 11.

justificado lo que es, por la sola razón de ser”⁹, y 2) el reconocimiento del orden del valor, del mundo del deber ser. Por este segundo aspecto es superior y debe imperar sobre el primero e imponer el actuar ético.

Según lo afirma Romero, individuo y persona coexisten en el hombre, siendo muy complicadas sus relaciones. El individuo acorrala a la persona, la cual debe liberarse y actuar, tomando conciencia de su derecho y “salir a la luz” mediante una adecuada mayéutica. Para Romero, la persona es “la instancia creadora y mantenedora de un orden universal de derecho, de un orden en el que al individuo se lo reconoce y respeta pero subordinado a lo que está sobre él”.¹⁰ La persona tiene una esencia trascendente que se manifiesta en su faz espiritual y que la proyecta siempre hacia adelante.

A partir de lo expuesto anteriormente se puede afirmar que el hombre como persona es al mismo tiempo una unidad y una actualidad pura, un complejo de actividades espirituales. Es una instancia superior que se constituye sobre el individuo, dos dimensiones que por lo general se oponen y están en lucha constante.

Francisco Romero avanza más aún en el tema afirmando que “la persona es efectivamente unidad, pero es también voluntad de unidad, de coherencia, de consecuencia; unidad como propósito y designio”.¹¹ Por ello hace referencia a un centro ideal que la caracteriza y que posibilita su autoposesión y autodomínio, centro del cual derivan dos exigencias: el deber de conciencia y el deber de conducta. El primero de ellos implica poseernos intelectualmente, o sea que encierra un deseo de ilimitado saber, un tener plena conciencia de nosotros mismos, un imperativo de autoconocimiento. Ante este ser espiritual se hace patente todo lo que ignora, el mundo se le presenta como un enigma, un misterio a develar, todo lo cual funciona como motor y promotor del conocimiento. Hay en la persona una exigencia de absoluto e ilimitado saber que signa su destino como conciencia del mundo.

9 Francisco Romero, “Persona y trascendencia”, en *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*, ed. cit., p. 40.

10 *Ibidem*, p. 42.

11 Francisco Romero, “Filosofía de la persona”, en ob. cit., p. 13.

El deber de conducta ordena obrar como personas, teniendo en cuenta nuestro centro espiritual. Esto significa que cada acto que realizamos debe ser “nuestro”, que debemos ser concientes de lo que hacemos, o sea poseernos en la acción. Así se suprime toda reacción espontánea y se la subordina al gobierno del núcleo personal. Es también una manera de autoposesión, de autoconciencia, de responsabilidad, es un imperativo de autenticidad. Ambos deberes son la manera como la persona se realiza y actualiza en su autoposesión y en su autodomínio, o sea en su unidad personal.

Tal como se puede advertir, la persona se conforma sobre el individuo creando un modo de ser nuevo. El individuo es una entidad psicofísica que actúa espontáneamente y que obedece a sus gustos e intereses, se sujeta al hábito, a la costumbre y todo lo reduce a sus intereses individuales. Vive en el reino de la subjetividad, donde todo es relativo. En cambio, la persona como ser espiritual que es, se vuelve hacia objetividades, supedita voluntariamente sus acciones a principios y valores, trascendiendo lo individual en una actitud excéntrica al otorgar “dignidad de centro a cada parcela del mundo, así en el orden real como en el ideal”.¹²

Romero es consciente de las dificultades que encierra el obrar como persona ya que parecería ser que al hacerlo nos estuviéramos des-individualizando, o sea que estaríamos anulando momentáneamente nuestro ser real y concreto para permitir que aparezca en su lugar, un ser diferente, artificial e ideal. Esto conlleva la idea de una negación de lo personal y la recuperación de lo psicofísico como una instancia más segura, más real y tangible, más natural. Evidentemente, a medida que ascendemos en la escala de los seres, mayor es la complejidad, la inestabilidad y el riesgo, pero también hay que destacar que se eleva la dignidad del hombre, dado que es él quien decide libremente lo que quiere ser, siendo su voluntad la que determina su actividad espiritual.

Romero recupera otro rasgo relevante de la persona que es su posibilidad de proyectarse desde el presente hacia el futuro, buscando preformar su futuro a través de la decisión y la elección. Ambos procesos son fundamentales para la persona pues inciden en su pensar y actuar acordes a un “programa”, a un

12 *Ibidem*, p. 22.

orden estable de instancias objetivas. Cabe señalar que este carácter programático del hombre no es exclusivo de la persona, pues también se da en el individuo, pero de manera muy diferente. En el individuo el plan o programa varía entre límites muy amplios, pero siempre está sujeto a apetencias e intereses individuales y subjetivos. En el caso de la persona, ella misma es programa, propósito, en el sentido que ella misma determina su trayectoria, su comportamiento de acuerdo a los principios que rigen su vida, al deber ser.

La persona actúa de manera conciente doblegando la espontaneidad propia del individuo que lleva dentro, en función de los valores y fines que quiere alcanzar. Según Romero, “individuo y persona son dos entes distintos, aunque conexos. Representan o encarnan nuestra doble naturaleza, la ambigua condición humana, en la que un polo afirma la individualidad empírica y la contingencia vital, y el otro la voluntad de valor y de absoluto”.¹³

Persona y valor

Romero en “Trascendencia y valor”(1942) recupera las características esenciales que Max Scheler¹⁴ otorga al espíritu: libertad, objetividad y autoconciencia, reduciéndolas a un solo concepto: la trascendencia, en el cual también incluye al de unidad.

Entre estos rasgos, la objetividad es analizada con mayor detenimiento, por considerar que es la característica primordial del espíritu. Cuando la acción trasciende hacia el objeto, cuando tiende hacia algo ajeno a nosotros, cuando hacemos nuestro en la conciencia lo conocido, es el momento en que el hombre logra ponerse a lo que es y lo que vale, recuperando el verdadero significado del

13 *Ibidem*, p. 25.

14 Francisco Romero cita explícitamente a Max Scheler, aludiendo a su libro *El puesto del hombre en el cosmos*, donde expone detalladamente los aspectos que componen al hombre, deteniéndose de manera especial en el análisis de ese nuevo principio que hace del hombre un hombre: el espíritu, el cual representa el nivel máximo de la trascendencia.

objeto, resignificándolo. Cuando logramos entender la objetividad como total trascendencia es cuando podemos comprender la universalidad que caracteriza lo espiritual. El hombre en cuanto espíritu está “abierto al mundo” y al mismo tiempo trasciende hacia el valor. Finalmente, este valor es el que determina sus acciones dado que el acto ético tiene el mismo carácter de plena trascendencia y afirma simultáneamente la personalidad y el comportamiento del sujeto.

En el hombre se conjugan y combinan su complejo espiritual y su aspecto psicofísico, pues no se manifiestan aisladamente. Por ello, se afirma que el espíritu es entendido como “vida en la trascendencia”.

El hombre como persona es el que descubre y reconoce las objetividades desde su centro activo que es la voluntad de valor, porque tiene en sí mismo la decisión de admitir y afirmar el valor, y de organizar su vida en torno al mismo. Lo que lo caracteriza es su “adhesión personal al valor”¹⁵, o sea, lo que se ha propuesto ser y todo aquello que hace para lograrlo, lo que quiere ser según su escala de valores, lo que ha elegido para sí y lo que ha decidido realizar para llevarlo a cabo.

La espiritualidad de la persona se manifiesta plenamente cuando reconoce y se juega por los valores. De ahí que la eticidad es el núcleo más íntimo de la persona, lo que la orienta y le permite establecer una relación activa con todos los valores, que, a su vez, son descubiertos y afirmados por el espíritu.

La persona se vincula con su contorno a través del “deber ser”, se interesa por lo que es y por aspirar a lo que aún no es. Por ello, Romero sostiene que a pesar de que toda sociedad está conformada por individuos y personas, se debe tender a ser cada vez más una sociedad de personas, regida por un actuar éticamente válido.

Es consciente de los diversos problemas que se plantean dentro del campo de la ética, uno de los cuales gira en torno al enfrentamiento entre la ética del esfuerzo y la renuncia, que rechaza todo tipo de sentimiento de complacencia o agrado que pudiera producir el acto ético, y la ética de la gracia, que acepta lo ético como expresión de una conciencia en la que la eticidad surge de modo natural y espontáneo. Romero afirma que toda doctrina ética es una teorización de

15 Francisco Romero, “Trascendencia y valor”, en ob. cit., p. 27.

la vivencia que surge de la experiencia íntima, personal del primer axioma moral, según el cual hay que obrar teniendo en cuenta la comunidad ideal de las personas, y no desde la perspectiva del sujeto individual. Como se puede apreciar, la máxima evangélica y las kantianas tienden a la desindividualización del acto ético, lo cual posibilita su universalización y trascendencia. El acto moral se ajusta a fines extraindividuales, los cuales gobiernan el obrar de la persona y le permiten su proyección hacia una dimensión superior. Así, la acción ética se supedita a la norma o al valor, logrando su plenitud cuando se dirige hacia el núcleo central de actos espirituales.

El nuevo individualismo según Gilles Lipovetsky

Si desde la perspectiva actual, nos preguntamos por la vigencia de los conceptos de individuo, persona, valor y trascendencia utilizados por Francisco Romero, advertimos que han sufrido un giro importante en su significado. Consultando algunos de los libros escritos por Gilles Lipovetsky¹⁶, en los que analiza los rasgos significativos de los tiempos actuales, notamos que se ha producido un cambio relevante, no sólo en la forma de concebir dichos términos, sino en el modo como el hombre se relaciona con los otros hombres y con la sociedad en general.

En este trabajo, nos circunscribiremos a plantear algunas de sus ideas centrales, que tienen que ver con la nueva manera de concebir al individuo y a la persona, para poder confrontarlas con los planteos romerianos

Lipovetsky analiza diversos factores propios de la sociedad posmoderna en la que vivimos, tales como la apatía, la deserción, la indiferencia, el principio de seducción que sustituye al principio de convicción, el narcisismo, la reducción de la violencia, el agotamiento y el derrumbe de los lineamientos generales de la cultura, la desaparición de la era del deber rigorista y austero, la “apoteosis” del

16 Gilles Lipovetsky, nacido en 1944, sociólogo, profesor en Grenoble, Francia. Es considerado uno de los analistas europeos más importantes de la contemporaneidad y es autor de diversos ensayos tales como: *La era del vacío*, *El imperio de lo efímero*, *El crepúsculo del deber*, *Metamorfosis de la cultura liberal*, entre otros.

consumo, entre otros. Define a la sociedad posmoderna como aquella sociedad en la que se ha producido un cambio de rumbo histórico en los objetivos y modalidades de socialización, donde reina el individualismo hedonista y personalizado, en la que rige la indiferencia de masa y domina el sentimiento de repetición y estancamiento, donde lo nuevo se valora como lo antiguo, la innovación se banaliza y ya no existe confianza ni fe en el futuro; sociedad en la cual se ha perdido el optimismo tecnológico y científico, se ha producido la degradación del medio ambiente, han desaparecido los ídolos y sólo rige la era del consumo. Se consume la propia existencia a través de los *mass media*, del ocio, de las técnicas relacionales, generando así una sociedad *cool* y ya no *hot*.

Nuestras sociedades posmodernas son “ávidas de identidad, de diferencia, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata,” donde “la gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo”, en las que se da una “retracción del tiempo social e individual, [...] un agotamiento del impulso modernista hacia el futuro, desencanto y monotonía de lo nuevo, cansancio de sociedades que consiguieron neutralizar en la apatía la base sobre la que se fundaron: el cambio”.¹⁷ En ellas se detecta una gran pasión por la personalidad, una sensibilidad ecologista, un desinterés por los grandes sistemas de sentido, moda retro, preocupación por la participación y la expresión, recuperación de lo local, de lo regional, de algunas creencias tradicionales, un interés por lograr una mejor calidad de vida. Se produce una sustitución de los sentidos únicos y de los valores superiores de la modernidad, que se imponían de una forma imperativa y duradera por una “cultura personalizada o hecha a la medida”, en la que lo más importante es ser uno mismo, en la que impera la cultura del individualismo. Todo ello da lugar a una nueva “revolución individualista” que se manifiesta en el llamado “proceso de personalización”, que consiste en la creación de “una sociedad flexible basada en la información y en la estimulación de las necesidades, el sexo y la asunción de los “factores humanos”, en el culto a lo natural, a la cordialidad y al sentido del humor”.¹⁸ De esta manera, se genera una sociedad en la que los valores cambian radicalmente al perder su carácter universal y adoptar

17 Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2002, p. 9.

18 *Ibidem*, p. 6.

una perspectiva hedonista, donde impera la liberación personal, el relajamiento, el psicologismo, el placer, el disfrute al máximo de la vida sin represiones ni limitaciones, dejando de lado la imagen rigorista de la libertad, el imperativo moral, las reglas y fines del comportamiento social vigentes hasta ese momento.

Según Lipovetsky, a partir de este contexto, podríamos pensar que la sociedad posmoderna carecería de sentido y de legitimación, lo cual niega totalmente, pues considera que en ella prevalece un valor cardinal: el derecho individual de realizarse, de ser él mismo, de ser libre en la medida que las técnicas de control social lo permitan, y con ello posibilitar la realización del hombre contemporáneo.

A partir de lo señalado hasta ahora, podemos advertir que el análisis que lleva a cabo Lipovetsky refleja múltiples y muy importantes aspectos de la sociedad posmoderna, que son tratados en detalle, pero en los que no podemos *explayarnos* detenidamente.

En relación al tema que nos ocupa en este trabajo, sólo nos referiremos al nuevo individualismo, eje central en torno al cual giran los demás problemas, y que, además de caracterizar a nuestra sociedad actual, determina el modo de pensar y actuar del hombre posmoderno.

Según él, este nuevo individualismo que surge como producto del proceso de personalización es el narcisismo, que se transforma en el símbolo de nuestro tiempo, en el símbolo de la transformación del individualismo “limitado” al individualismo “total”, dado que pone de manifiesto “el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo”.¹⁹ Surge a partir de la “deserción generalizada de los valores”, del abandono de los grandes sistemas de sentido, de la promoción del individualismo dentro del marco de una ética hedonista, interesada en el cuidado del cuerpo, en el placer, en los objetos y signos. Refleja una obsesión sólo por sí mismo y un afán por lograr su realización personal y su equilibrio. De este modo, el narcisismo representa un abandono de la esfera pública y una fuerte tendencia al aislamiento social. El Yo se convierte en la preocupación central, en el objeto permanente de observación e interpretación, lo cual va de la mano de la liberación de la influencia del Otro, reduciendo así la dependencia del Yo con los otros.

19 *Ibidem*, p. 50.

La pasión narcisista crea un nuevo tipo de personalidad, una nueva conciencia que es indeterminada y fluctuante, un nuevo espíritu sujeto a la formación y cuidado constante de la salud física y mental. Dentro de este marco de referencia, el esfuerzo de superación espiritual ya no está de moda, dado que todo aquello que tiene que ver con la sujeción a una disciplina y a un orden está desvalorizado en función del culto al deseo y a su realización inmediata. Ya no se habla de la persona como un ser trascendente, espiritual, sino más bien, de la persona como ser-sujeto, en tanto que cuerpo, como aquel que designa nuestra identidad profunda de la que no debemos avergonzarnos. Lipovetsky afirma que “en tanto que persona, el cuerpo gana dignidad; debemos respetarlo, es decir vigilar constantemente su buen funcionamiento, luchar contra su obsolescencia, combatir los signos de su degradación por medio de un reciclaje permanente quirúrgico, deportivo, dietético, etc.”²⁰, a través de lo que denomina “proceso de personalización”. Dicho proceso diluye las grandes figuras de autoridad, reemplaza la norma autoritaria por la norma “indicativa”, flexible, por los consejos prácticos, las terapias a medida, etc. Como podemos advertir, el individuo está inmerso en una “cultura de la personalidad”, en la que el propio cuerpo se convierte en sujeto, en objeto de culto, en la que la relación con uno mismo reemplaza a la relación con el otro, el cual desaparece de la escena social. Esta actitud conlleva la “evacuación” sistemática de cualquier postura o apoyo trascendente, el alejamiento de los objetivos universales, y obliga al individuo a enfrentarse a una existencia sin convicciones, a una subjetividad sin finalidad ni sentido. Con ello, la dicotomía cuerpo-espíritu desaparece, dado que el individuo está absorto en su yo íntimo, en su deseo de revelar su ser verdadero, su yo auténtico, sin otorgarle un lugar al otro, pues está desconectado de lo social y totalmente vuelto sobre su intimidad solipsista.

Lo curioso es que esta actitud marcadamente individualista va acompañada de un interés relacional que surge en el individuo, y que se refleja en la creación y participación en asociaciones, grupos de asistencia y ayuda mutua, en los cuales satisface su deseo de encontrarse en confianza, con otros seres que tienen las mismas preocupaciones y con los cuales comparte una solidaridad de microgrupo, colectiva, en la que se quiere ayudar a los otros pero sin

²⁰ *Ibidem*, p. 61.

comprometerse demasiado, sin entregar demasiado de uno mismo.

Según Lipovetsky, en esta sociedad posmoderna en la que se da la disolución de la cultura del deber, se advierte “la acentuación de dos lógicas antinómicas del individualismo. Por un lado, el individualismo unido a las reglas morales, a la equidad, al futuro; por el otro, el individualismo de cada uno para él mismo y del “después de mí el diluvio”; o sea, en términos éticos, individualismo responsable contra individualismo irresponsable”²¹. Estas dos tendencias del individualismo contemporáneo cohabitan y se reflejan claramente en el modo de vivir del individuo: una lo reorienta hacia la actividad profesional, lo estimula a trabajar, revaloriza los valores éticos, lo ayuda a organizarse, en tanto que la otra, hace todo lo contrario llevándolo hacia la transgresión de los valores, la desmotivación, la búsqueda de beneficios fáciles, la autosuficiencia, la desorganización y el interés por una vida sin reglas en la que importa el presente e impera una moral “sin obligación ni sanción”.

El individuo buscar regir libremente su propia vida privada, ejercer el derecho de poder disponer de sí mismo, sin necesidad de concebirse como un fin en sí mismo, ni tener que proyectarse solidariamente hacia los otros hombres.

Para Lipovetsky lo que se debe intentar es hacer que el individualismo irresponsable vaya retrocediendo cada vez más y progrese el individualismo responsable (conciencia profesional, preocupación por el otro y por el futuro, sentido del interés general, entre otros), que no prescinda de los intereses personales, sino que los modere en función de establecer compromisos profundos acordes a las circunstancias y a una “ética dialogada de la responsabilidad, inclinada a la búsqueda de justos equilibrios entre eficacia y equidad, beneficio e interés de los asalariados, respeto del individuo y bien colectivo, presente y futuro, libertad y solidaridad”²². El hombre contemporáneo se enfrenta a un gran desafío: “hacer retroceder los comportamientos irresponsables, hacer progresar el individualismo responsable, así podría definirse la más alta tarea de una gestión posmoderna que reconcilie de esa manera ética y eficacia”²³.

21 Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2000, p. 15.

22 *Ibidem*, p. 18.

23 *Ibidem*, p. 192.

¿Actualidad del pensamiento filosófico de Francisco Romero?

Si volvemos nuestra mirada a lo afirmado por Francisco Romero, a partir de lo señalado por Gilles Lipovetsky, podríamos deducir la “inactualidad” del pensamiento romeriano. ¿Por qué pensar así? Si recordamos lo mencionado anteriormente, según Romero, el hombre debe obrar como persona, supeditando sus necesidades individuales a su centro espiritual, con el fin de estar abierto a los otros y obrar conforme a la norma, al deber ser. A partir de ello, su conducta lo lleva a actuar con autenticidad, con autodominio, con una gran responsabilidad hacia sí mismo y hacia los otros, proyectándose hacia su realización personal. Todo lo contrario parecería plantearse con Lipovetsky, para quien el individuo es el que se erige en el eje central en torno al cual se desenvuelve la vida humana, desplazando a la persona a la categoría de ser-sujeto, de ser cuerpo de un sujeto que no posee ninguna característica trascendente, que no se proyecta más allá de su realización inmediata, que no le importa actuar conforme a valores. Este hombre individual, cuya identidad profunda se la da su cuerpo, busca cultivar los diferentes aspectos de su personalidad a través de un marcado hedonismo y de un interés cada vez mayor por satisfacer sus propias inquietudes, por ser él mismo, por vivir el presente, sin tener en cuenta el futuro ni los otros hombres.

A pesar de estas afirmaciones tan dispares, nos parece advertir algunos aspectos un tanto similares entre ambos pensadores que creemos importante señalar.

Por más que los grandes lineamientos que caracterizaban la época pasada y que tendían a la entrega y superación personal, al deber no retribuido, a exaltar los valores e imperativos morales, ahora no tienen la vigencia de antaño, creemos poder afirmar que resurgen bajo otra forma, motivados por las pasiones y subjetividades del ser individual. La sociedad posmoderna nos enfrenta a un individuo que actúa irresponsablemente y que busca reencontrarse con su sí mismo por medio de la realización de sus necesidades e intereses personales, –lo cual nos hace pensar en la idea de individuo que expone Romero– sin importarle su proyección hacia los otros ni obrar conforme a valores universales. Esto podría interpretarse como una desvalorización del hombre mismo, el cual se vería reducido al nivel de la *psique*, tal como lo sugiere Romero, pero Lipovetsky afirma otro

aspecto del individuo que lo conduce a reconstruir su sentido de la responsabilidad sobre bases nuevas, teniendo en cuenta al otro, sin dejar de lado su realización personal, cuestión que nos acerca a la idea de persona planteada por Romero.

Para Lipovetsky, en nuestros días, debemos lograr que el individualismo responsable se desarrolle cada vez más y logre superar la “libertad sin regla”, que pretende imponer el individualismo irresponsable. El hombre posmoderno, posmoralista, se enfrenta a un gran desafío: la era del deber absoluto ha caducado, y en su reemplazo, se debe promover el espíritu de responsabilidad real en todos los niveles de la vida, revalorizando el papel del hombre en lo personal, en lo profesional y en lo social.

Nos enfrentamos a una época de responsabilidad sin fronteras, ecológica, humanitaria, mediática, bioética, etc., que aparece como un principio motivador de la cultura posmoralista. “Nuestra ética de la responsabilidad es una ética “razonable”, animada no por el imperativo de abandono de los propios fines, sino por un esfuerzo de conciliación entre los valores y los intereses, entre el principio de los derechos del individuo y las presiones de la vida social, económica y científica”.²⁴ De lo que se trata, es de mostrar los límites del “todo está permitido”, del “todo vale”, y tender hacia la recomposición de la cultura individualista, del ideal de autonomía individual, contrarrestando la tendencia a emanciparse de cualquier obligación colectiva, y afirmando la importancia de la iniciativa y de la implicación personal, de la toma de conciencia inteligente y abierta hacia el futuro.

Evidentemente, en la actualidad, la forma de concebir al hombre ha variado, así como su manera de insertarse en el mundo, por lo que, debemos buscar categorías nuevas que nos permitan comprender y explicar su pensar y actuar. Por ello, creemos poder afirmar que las ideas expresadas por Francisco Romero no han perdido actualidad. Su propuesta de un hombre-persona reaparece, de alguna manera, en la idea de “individuo responsable”, promovida por Lipovetsky, dado que la misma reafirma “una inteligencia responsable y un humanismo aplicado” a la búsqueda prudente del justo medio entre lo individual y lo social, a través de la promoción de “éticas inteligentes”, únicas capaces de poder enfrentarse a los desafíos de nuestro tiempo.

24 *Ibidem* p. 209.

Si bien es cierto que la conciencia y voluntad de trascendencia, propia de la idea de persona concebida por Romero, ya no tiene la misma importancia, podemos recuperar la revalorización de los valores éticos que caracteriza a ese individuo responsable que debemos ayudar a construir en la sociedad posmoderna y posmoralista de la cual formamos parte.

Conclusión

A modo de conclusión podemos señalar algunos aspectos que nos parecen relevantes de la concepción antropológica expuesta por Romero en sus obras iniciales.

En primer lugar, Romero se inscribe en la problemática de su tiempo. El tema del hombre es un tema que está muy presente en la primera mitad del siglo XX y que provoca profundas reflexiones que intentan recuperar el valor y significado del ser humano, los distintos aspectos que lo constituyen, el sentido de su existencia, los valores que guían su comportamiento individual y social. Romero intenta aportar su propia perspectiva recuperando a la persona humana en su trascender y valer.

La idea de hombre que expone Romero en las obras que hemos mencionado anteriormente, no sólo nos enfrenta a un análisis serio y minucioso de los elementos que lo constituyen, sino también, al mismo tiempo, nos plantea nuevos interrogantes que surgen a la luz de las vivencias y acontecimientos actuales, en los que el sentido del hombre y de su vida están puestos en cuestión.

Creemos que al caracterizar al ser humano como ser espiritual le otorga una significación que lo coloca frente a un gran desafío: autoconocerse y autopoerse con el fin de ejercer dominio sobre sí mismo y actuar conforme a fines. Esta tarea, que se extiende a todo su ser y actuar y que le concede un sentido mucho mayor a la persona frente al individuo, no nos resulta nada fácil en esta sociedad posmoderna, en la cual se han invertido los valores, en la cual el individuo y la satisfacción de sus intereses ha cobrado la máxima relevancia, relegando a un nivel mucho más inferior las acciones tendientes a lograr el dominio de uno mismo en función del bien para todos.

Si analizamos la propuesta de Romero advertimos que, si bien es cierto que en algún momento el individuo pudo acostumbrarse al dominio de la persona y aceptó los fines personales de la misma, como lo señala, en la actualidad no podemos decir lo mismo. Hoy dicha perspectiva se ha visto rebasada ampliamente porque se ha producido un efecto contrario, que se manifiesta en el desarrollo cada vez mayor del aspecto individual del hombre en detrimento de sus valores personales. El planteo romeriano, que intenta recuperar aquellos aspectos que son significativos para el crecimiento espiritual del hombre, es cuestionado por el mismo proceso “individualizador” que vive la sociedad y que lo afecta directamente, al transformarlo en un ser cada vez más vuelto sobre sí mismo, cada vez más centrado en sus propios intereses, cada vez más alejado y ajeno a los intereses de la comunidad a la cual pertenece.

¿Es posible que el hombre pueda seguir viviendo en esta realidad que lo reduce, consume y enajena? Creemos que para dar respuesta a esta pregunta es necesario volver al pensamiento de Romero y buscar en él los elementos más esenciales que nos ayuden a ir más allá, a conocer y conocernos en nuestras potencialidades, a desarrollarlas y, por sobre todo, a trascender la instancia inmanente en la que vivimos y aspirar a ejercer nuestro ser espiritual con mayor plenitud. La recuperación del aspecto ético del hombre es una de las urgencias que vivimos, tal como lo señala Gilles Lipovetsky y que debemos afrontar, por lo cual es relevante esclarecer los conceptos centrales del pensamiento filosófico de Francisco Romero y de otros pensadores latinoamericanos, quienes tienen mucho para decirnos y para hacernos reflexionar sobre “el hombre modular”²⁵, producto más notable de la sociedad contemporánea. Si bien es cierto que las ideas expresadas por Romero se valen de otras palabras y surgen en un contexto diferente al actual, creemos que siguen siendo importantes y nos son útiles para esclarecer nuestra realidad posmoderna y latinoamericana.

25 Zygmunt Bauman, *En busca de la política*. México, FCE, 2002, p. 167. Define al “hombre modular” como un hombre sin esencias, con cualidades móviles, descartables e intercambiables, que lleva a cabo un conjunto de tareas sin atenerse a reglas rígidas.

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt, *En busca de la política*. México, FCE, 2002.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2002.
- LIPOVETSKY, Gilles, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2000.
- ROMERO, Francisco, "Filosofía de la persona" (1935), *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*. Bs. As., Losada, 1961.
- ROMERO, Francisco, "Persona y trascendencia" (1937), *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*. Bs. As., Losada, 1961.
- ROMERO, Francisco, "Programa de una filosofía" (1940), *Papeles para una filosofía*. Bs. As., Losada, 1945.
- ROMERO, Francisco, "Trascendencia y valor" (1942), *Papeles para una filosofía*. Bs. As., Losada, 1945.